



Pelayos



AÑO 2 – NÚM. 7
11 DE MARZO - 2023

REVISTA JUVENIL
CATÓLICO-MONÁRQUICA
© 2021







Índice

Pelayo 1

S.A.R. Don Sixto de Borbón 3

Saluda del Capellán 4

Personajes 16

Narraciones 28

Clara y Santiago 35

Las Españas 42

Madre de la Hispanidad 44

Catecismo de las Juventudes Tradicionalistas 49

¿Sabías qué? 59

Pasatiempo 63

Cancionero 65

Tienda 67



Pelayo

La vida mortal no es más que merecimiento para la eterna. Nadie escapa al Juicio del Rey de todo lo Creado, que a la par que misericordioso es terrible Juez. Y en nuestro haber, sin merecimiento por nuestra parte, sólo cabe la lucha por la Santa Causa.

El anonimato de nuestros nombres que, quizá no rubriquen gestas que cubran páginas de libro alguno, no será disculpa para no devolver a Dios el Altar y al Rey su Trono.



Son muchos los mártires de la Santa Causa, muchedumbres los que han muerto por la Tradición, musitando entre sus labios una jaculatoria que resumía toda su vida: ¡Viva Cristo Rey!, ¡Viva el Rey!

Heridos en el combate, muertos en la trinchera o en la carga contra el enemigo, víctimas del sufrimiento en hospitales o en la podredumbre de las cárceles; en el dolor del destierro o en la traición de quienes se dijeron leales; madres que ofrecieron orgullosas a sus hijos por Dios, Patria y Rey; padres, hijos y nietos que abandonaron todo cuanto tenían para entregar -- sin cicatería -- todo cuanto podían poseer... Todos sabían, no sólo la recompensa que Dios les iba a otorgar, sino también que su Rey velaba por ellos, instituyendo la



fiesta de los Mártires de la Tradición, que perduraría por todos los siglos.

El Rey, Enrique V, nos llama a la fidelidad y a seguir el immaculado ejemplo de aquellos que regaron el camino, con su sangre y sus vidas, que hoy recorreremos con el orgullo de encarnar las Españas.



S.A.R.

D. Sixto Enrique de Borbón y de Borbón

«Lo que nos reclaman estos tiempos ásperos —lo repito siempre que tengo ocasión— es la perseverancia y la disciplina. A cultivarlas con generosidad y espíritu de sacrificio os convoco, el día en que recordamos a quienes se sacrificaron por la Causa ofreciendo su vida».

Saluda del Capellán



A TRAVÉS DE UN MAR ROJO

Queridos Pelayos.

Estoy seguro de que ya habéis oído hablar de esa página maravillosa de la historia sagrada: cuando Moisés —Salvado de las aguas—, el elegido por Dios para liberar a los israelitas de la esclavitud en Egipto y conducirlos a la Tierra Prometida, obró uno de los milagros más épicos, sublimes y significativos de la historia. Este milagro tiene un profundo sentido espiritual, sobre el cual quisiera meditar con vosotros un poquito a través de estas líneas.



Luego de cuatro siglos de esclavitud, de grandes tribulaciones y de sufrir diez plagas atroces, por fin el Faraón permitió la partida del pueblo predilecto de Dios; pero rápidamente se arrepintió y envió en su persecución a todo su ejército con carros y caballos, para que trajeran de regreso a los prófugos. Estaba persuadido de que los encontraría pronto, pues un obstáculo insalvable les frenaría en la huida: el mar Rojo. El Faraón no contaba con que Dios era quien

El Faraón no contaba con que Dios era quien guiaba a su pueblo.

guiaba a su pueblo. Una nube durante el día y una columna de fuego por la noche marcaban la ruta en medio del desierto. Cuando ya se divisaba al ejército perseguidor, Dios le dijo a Moisés que extendiera su mano y golpeará la superficie del mar con su cayado. Ante los ojos atónitos de los fugitivos se fue abriendo entre las aguas un camino, flanqueado a ambos lados por un altísimo muro líquido. Sopló con fuerza el viento hasta dejar el suelo seco y expedito, por el que, a paso firme y decidido, avanzaron los hebreos hasta alcanzar la otra orilla, sanos y salvos. Cuando llegaron las huestes egipcias a la ribera, continuando la impetuosa persecución, se adentraron también por el camino abierto en medio del mar Rojo, y cuando ya todos transitaban por él, a un gesto de la mano de Moisés, las aguas volvieron a su sitio, tragándose el abismo todo el ejército del Faraón. Entonces, los israelitas, sanos y salvos, entonaron un cántico de acción de gracias.



En este mes de marzo conmemoramos la fiesta de los Mártires de la Tradición y en el mes de abril, la Pascua, que es la fiesta en la cual celebramos el mayor misterio de nuestra fe: la resurrección de Nuestro Señor. La liturgia pascual está estrechamente relacionada con este milagro que nos relata el capítulo XIV del Éxodo y que los judíos tenían como costumbre narrar durante la cena de la Pascua. Nosotros los católicos, lo recordamos leyendo litúrgicamente estos pasajes históricos que prefiguran los misterios que celebramos en Semana Santa.

San Pablo comenta este texto capital de la historia de Israel, diciendo que los judíos fueron bautizados en la nube y en el mar¹. La travesía del mar Rojo significó para Israel el paso de la esclavitud a la libertad y, para nosotros, significa el paso del pecado a la gracia por medio de las aguas bautismales.

Lo que en aquellas circunstancias representó Moisés para el pueblo del antiguo testamento, lo supone ahora Nuestro Señor en el nuevo testamento. La conexión entre el mar Rojo y el bautismo, obviamente, es el agua. Del mismo modo que los israelitas no podían ser libres hasta cruzar el mar Rojo, tampoco nosotros seremos completamente salvados si no renacemos de nuevo de las aguas de la fuente del bautismo; es necesario nacer de nuevo³, para poder gozar la gloriosa libertad de los hijos de

Dios⁴, que también alcanzaron muchas almas gracias al bautismo de sangre.

Oportuna es la exhortación que nos dirige San Agustín en un sermón: puesto que nos hemos visto libres de ellos mediante el bautismo, como si fuera el mar Rojo, esto es, ensangrentado por la santificación del Señor crucificado, no volvamos nuestro corazón a Egipto, antes bien dirijámonos hacia el reino en medio de las tentaciones del desierto, teniéndole a Él por protector y guía⁵.

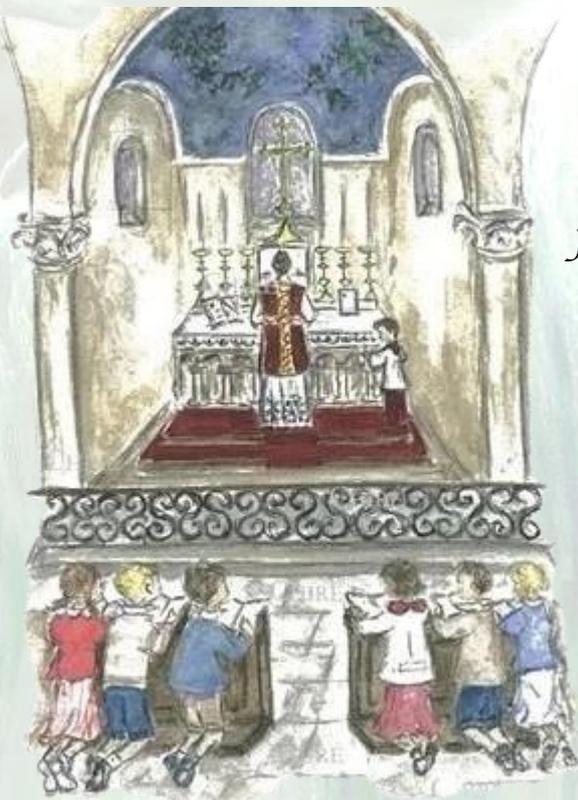
Además, no solo el agua de ese mar es para nosotros signo sacramental, sino también la sangre.

Nuestro Señor es el que vino por agua y sangre. No vino solo por agua, sino por agua y sangre.

Ese mar tiene como nombre propio mar Rojo: rojo como la sangre, sin la cual no hay redención⁶, porque Nuestro Señor es el que vino por agua y sangre⁷. No vino solo por agua, sino por agua y sangre. No fue ya la vara de Moisés la que a nosotros nos abrió el camino hacia la Patria Celestial, sino la lanza de Longinos cuando hendió el Corazón de Jesús, del cual manó: sangre y agua⁸. Cuando el sacerdote pronuncia en la Santa Misa las palabras de la consagración:

*hic est enim calix Sanguinis mei, novi et æterni testamenti, qui pro vobis et pro multis effundetur in remissionem peccatorum*⁹

se vierte sobre nuestras almas el precio divino de nuestro rescate, como diluvio sobreabundante de gracias allí donde abundó el pecado¹⁰.



Como aquella clámide púrpura que le pusieron en el Pretorio a nuestro Rey¹¹, así cubre su Sangre Divina toda la historia y la geografía. La clámide roja vistió toda su Humanidad y su Sangre Divina se extendió hasta los confines de la tierra, cubriendo entera la humanidad con su caridad misionera y redentora. La Sangre del Señor por ser divina es eterna y por eso abarca toda la historia. Cubre la antigua alianza, con aquellos sacrificios de bueyes y carneros que eran agradables a Dios Padre en cuanto fueron figura del sacrificio en el cual derramaría su sangre su Hijo, el Divino Cordero. Éste es ahora el sacrificio del nuevo y eterno testamento, que se continúa aplicando propiciatoriamente hasta el final de los tiempos en cada Santa Misa celebrada incluso en los puntos más remotos de la tierra; mal que les pese a todos los enemigos que tiene el santo sacrificio de la Misa. Al igual que ayer hizo Antíoco Epifanes despojando a los judíos¹² de Jerusalén, hoy nos quieren privar a los católicos del sacrificio, del altar y los templos; pero Dios suscita siempre valientes macabeos.

Desde las orillas humanas quisiera comprender con todos los santos, cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad de ese místico mar¹³, de ese

*mar Rojo infinito que todo lo inunda, perdiéndose tras
divinos horizontes en eternas lontananzas.*

—¿Hasta dónde llega su Sangre?

—Hasta dónde llega su Amor.





A ese mar de sangre divina que mana del Calvario e inunda el mundo en cada misa, confluye la sangre derramada en milenarias persecuciones; van llegando a través de los siglos regatos, arroyos y ríos para unirse, mezclarse y confundirse en ese mar de gracias redentoras, en donde la sangre de nuestros mártires se mezcla con la Sangre del Mártir Divino del Gólgota.

*Vosotros sois los tiernos brotes de semillas sacras, las que generosamente sembraron en nuestras tierras aquellos que dieron su vida por amor a sus hermanos, hijos, nietos y biznietos, por amor a su Dios, Patria y Rey. Como tan acertadamente expresó Tertuliano: *sanguis mártirum, semen christianorum*¹⁴, la sangre de los mártires es semilla de cristianos, que en*

Vosotros sois los tiernos brotes de semillas sacras, las que generosamente sembraron en nuestras tierras aquellos que dieron su vida por amor a sus hermanos, hijos, nietos y biznietos, por amor a su Dios, Patria y Rey.

vuestras almas germina con santo y heroico vigor. Son los que llegan hasta el trono de Dios con palmas martiriales en sus manos¹⁵, estos son los que vienen de la gran tribulación; ellos han lavado sus vestiduras y las han blanqueado en la sangre del Cordero¹⁶.

Vosotros camináis a pie enjuto, sostenidos por la Fe, impulsados por la Esperanza, animados por la Caridad, marcháis con paso seguro y firme, flanqueados por abismos siderales, a diestra y siniestra, como pueblo escogido que avanza hacia su patria eterna por un camino que



se abre paso en medio del mar Rojo; rojo por la sangre que nos redimió en el Calvario y que en cada Santa Misa nos abre la brecha segura y estrecha que nos lleva al cielo.

Ese mar de sangre inocente es el precio de nuestra redención y se la debemos a Nuestro Redentor y a todos aquellos que por Dios y sus prójimos la ofrecieron con Cristo a Dios, para que nosotros podamos gozarla en abundancia y eternamente. Por eso a nuestros mártires les debemos gratitud. A ellos, por los siglos de los siglos: ¡Gloria y honor!

*Quid retribuam Dómino pro ómnibus quæ
retribuit mihi?*

*Cálicem salutaris accípíam, et nomen Dóminí
invocábo. Sanguínis Dóminí nostrí Jesu Chrísti
custódiat ánimam meam in vitam ætérnam⁷.*

Pero ese mar Rojo de sangre para unos es salvación y para otros, condenación; para unos bendición y gracia y para los otros desgracia y maldición. Toda la sangre inocente de mártires y de héroes que ha sido derramada a través de los siglos, desde la primera víctima inocente, Abel, hasta el último mártir que ofrende su vida, antes de que Dios cierre para siempre el libro en el que se escribe la historia, clama al cielo venganza¹⁸. Esa misma sangre vertida por ellos será como el mar Rojo cuando volvió sobre sí mismo para ahogar y engullir con su caudal justiciero —como en tiempos de Noé lo hizo el diluvio vengador— las huestes crueles de antiguos y modernos Herodes, de todos aquellos que derraman sangre

inocente: quedarán eternamente a merced del furioso Leviatán. Sí, esa sangre caerá sobre ellos y sobre sus hijos⁹ conforme lo demandaron el Viernes Santo los representantes de ese linaje víperino que persigue a muerte al linaje de la Mujer.

—¿Y Pílatos?

—Pílatos, ya no tendrá tiempo ni agua para lavar sus manos tintas de sangre; torrenteras de justicia lo arrastrarán al abismo en vertiginoso aluvión, vomitado por tibio e indiferente, pusilánime y felón.

Nos dice el Apocalipsis que: cuando el Cordero abrió el quinto sello, vi debajo del altar las almas de los mártires que habían sido inmolados a causa de la Palabra de Dios y del testimonio que habían dado. Ellas clamaban a voz en cuello: «¿Hasta cuándo, Señor santo y verdadero, ¿tardarás en hacer justicia y en vengar nuestra sangre sobre los habitantes de la tierra?». Entonces se le dio a cada uno una vestidura

Pílatos, ya no tendrá tiempo ni agua para lavar sus manos tintas de sangre; torrenteras de justicia lo arrastrarán al abismo en vertiginoso aluvión, vomitado por tibio e indiferente, pusilánime y felón.

blanca y se les dijo que esperaran todavía un poco, hasta que se completara el número de sus compañeros de servicio y de sus hermanos, que iban a sufrir la misma muerte²⁰.

¡Cuántas veces sentimos inflamarse el corazón oyendo y leyendo las historias de nuestros mártires! Y



como Rodrigo y Santa Teresa de Ávila, anhelando llegar al cielo por el camino más corto, pensamos imitarlos escapándonos de nuestro hogar, para buscar el martirio en tierra de moros. Ahora está de moda recibir todo tipo de productos y servicios directamente en casa, tenemos también la extraordinaria oportunidad de que nos hagan mártires a domicilio.

No os escandalicéis cuando tengáis que sufrir algo por Dios. Es normal. Si damos el testimonio que nuestra condición de cristianos nos exige y la Providencia nos pide en el lugar y el tiempo en que vivimos, nos irá la vida en ello. Los mártires nos están esperando junto al trono

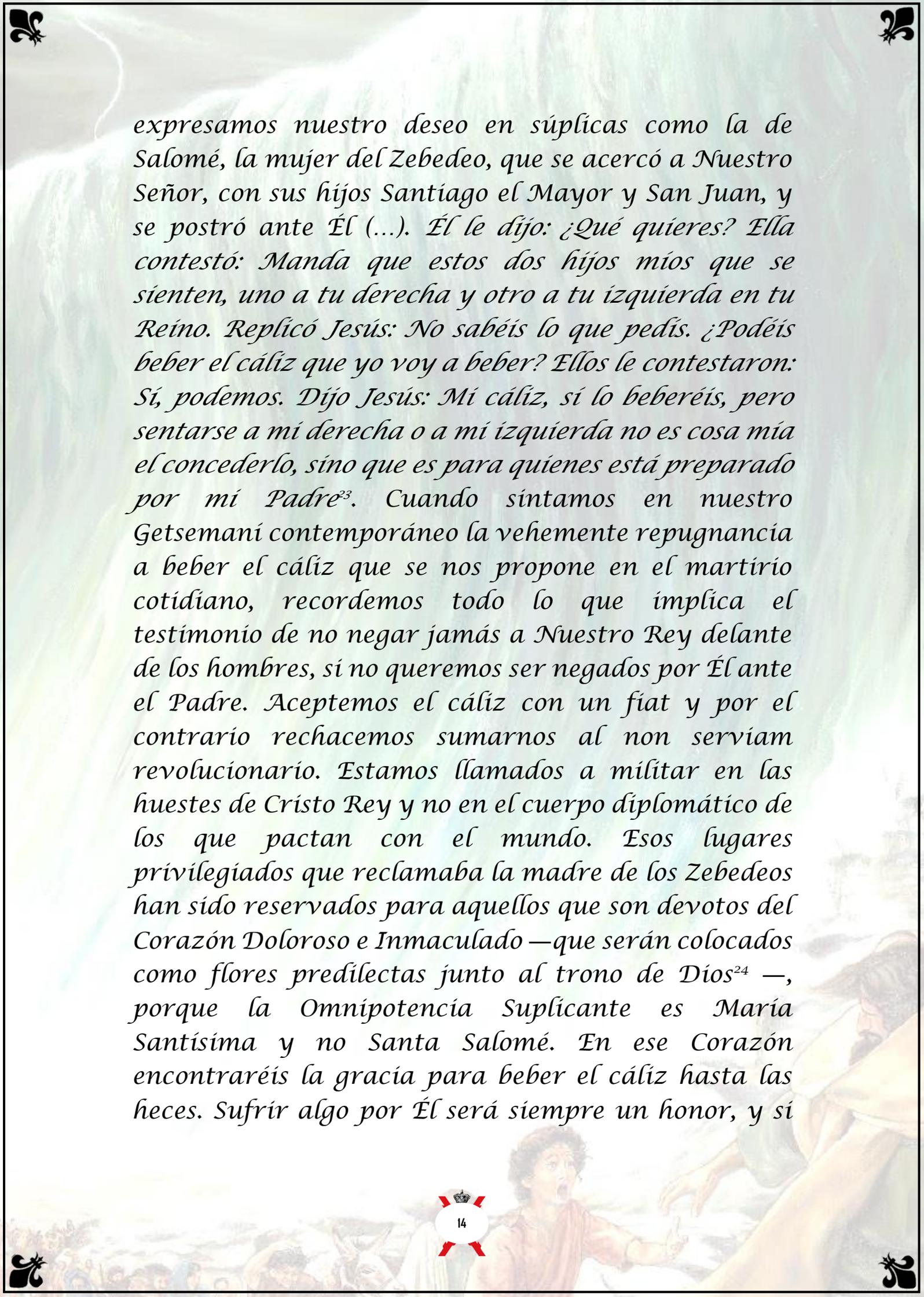
de Dios, porque el discípulo no es más que su maestro y si a Él lo persiguieron, la

No os escandalicéis cuando tengáis que sufrir algo por Dios.

Es normal.

serpiente antigua no cesará de acechar el calcañar, tratando de hincar en tu cuerpo y en tu alma sus colmillos homicidas. Cuando sufráis en carne propia la furia de la persecución, permaneced fieles a Nuestro Rey y Señor, como dignos herederos que sois de la sangre de nuestros mártires, que, sin correr por vuestras venas, no obstante, vivifica nuestra alma en mística Comunión. Y podréis por fin oír consolados: Bienaventurados los que padecen persecución por la Justicia²¹.

Muchas veces soñamos con la promesa de llegar un día al cielo que Dios nos tiene preparado. Según nos dice San Pablo jamás oído oyó, ni ojo vio²² y



expresamos nuestro deseo en súplicas como la de Salomé, la mujer del Zebedeo, que se acercó a Nuestro Señor, con sus hijos Santiago el Mayor y San Juan, y se postró ante Él (...). Él le dijo: ¿Qué quieres? Ella contestó: Manda que estos dos hijos míos que se sienten, uno a tu derecha y otro a tu izquierda en tu Reino. Replicó Jesús: No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz que yo voy a beber? Ellos le contestaron: Sí, podemos. Dijo Jesús: Mi cáliz, sí lo beberéis, pero sentarse a mi derecha o a mi izquierda no es cosa mía el concederlo, sino que es para quienes está preparado por mi Padre²³. Cuando sintamos en nuestro Getsemaní contemporáneo la vehemente repugnancia a beber el cáliz que se nos propone en el martirio cotidiano, recordemos todo lo que implica el testimonio de no negar jamás a Nuestro Rey delante de los hombres, si no queremos ser negados por Él ante el Padre. Aceptemos el cáliz con un fiat y por el contrario rechazemos sumarnos al non serviam revolucionario. Estamos llamados a militar en las huestes de Cristo Rey y no en el cuerpo diplomático de los que pactan con el mundo. Esos lugares privilegiados que reclamaba la madre de los Zebedeos han sido reservados para aquellos que son devotos del Corazón Doloroso e Inmaculado —que serán colocados como flores predilectas junto al trono de Dios²⁴ —, porque la Omnipotencia Suplicante es María Santísima y no Santa Salomé. En ese Corazón encontraréis la gracia para beber el cáliz hasta las heces. Sufrir algo por Él será siempre un honor, y si

hemos de derramar nuestra sangre por su amor, un privilegio mayor.

Que estas Pascuas prologuen la felicidad eterna y al contemplar la victoria de Nuestro Rey y vislumbrar el triunfo del Corazón Inmaculado, fuente humana de la sangre divina que colma el mar Rojo, se inflame de entusiasmo nuestro corazón, se disipen los miedos y desaparezca la cobardía, para poder morir como nuestros padres lo hicieron: morir por Cristo, para resucitar con Cristo.

Felices y santas Pascuas. ¡Vivan los mártires de la Tradición!

Padre José Ramón Ma. García Gallardo

¹ 1 Co X- 02

² Ef III-12

³ Jn. III-7

⁴ Rom. VIII- 21

⁵ Sermo. CCXXIII

⁶ Heb. IX-22

⁷ I Jn. V-6

⁸ Jn. XIX-34

⁹ Porque éste es el cáliz de mi sangre, del nuevo y eterno testamento; misterio de la fe; sangre que será derramada por vosotros y por muchos para perdón de los pecados.

¹⁰ Rom. V- 20

¹¹ Mc.15, 17-18

¹² I Mac. I, 20-24

¹³ Ef. III-18

¹⁴ Apol. L-13

¹⁵ Ap. VII-9

¹⁶ Ap. VII-14

¹⁷ ¿Qué retornaré al Señor por todo lo que me ha dado? Tomaré el Cáliz de la salvación e invocaré el nombre del Señor. Invocaré al Señor con mis alabanzas y quedaré libre de mis enemigos. La Sangre de Nuestro Señor Jesucristo guarde mi alma para la vida eterna.

¹⁸ Gen. IV-10

¹⁹ Mt. XXVII, 25

²⁰ Ap. VI 9-11

²¹ Mt. V, 10

²² I Cor. II-9

²³ Mt. XX, 20-23

²⁴ La Virgen María en Fátima. 13/06/1917.

Cristóbal de Mondragón y Mercado

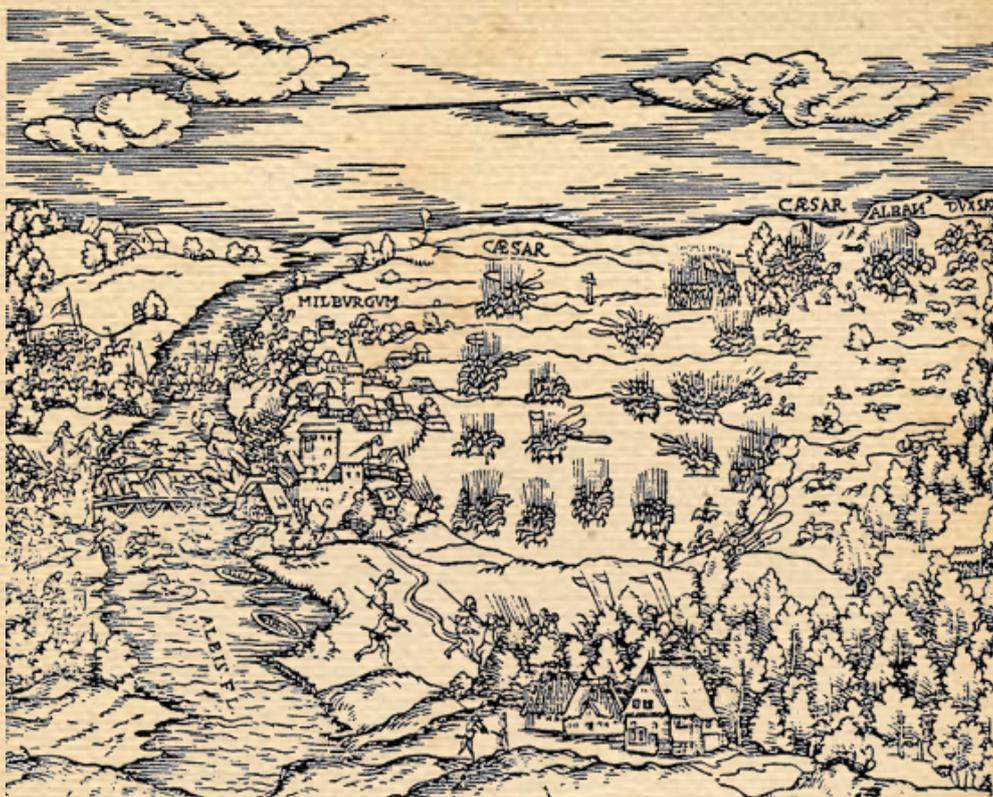
El mejor soldado del mejor Tercio

Cristóbal de Mondragón nació en la tierra de su madre, Medina del Campo (Valladolid), en 1514. Hijo de Martín de Mondragón y de Mencía de Mercado: la familia de su padre procedía de Mondragón, en Guipúzcoa. Se alistó al ejército de Carlos I de España en 1532. Fue militar en Flandes, Provenza, los principados alemanes y el Túnez musulmán, llegando a ser capitán general del ejército de Brabante y maestro de campo general del ejército de Flandes.



Cristóbal de Mondragón formó como soldado en las filas del Tercio Viejo en la batalla de Mühlberg. Allí se retiraban los protestantes de la Liga de Esmalcalda y cruzaban un puente de barcazas sobre el vado

del río Elba. Los protestantes se fortificaron en la otra orilla, quemaron barcas y acumularon artillería y mosquetes.



No había puentes, pero sí plomo que arrasaba la orilla española. Mondragón se echó al agua con la espada entre los dientes y vadeó el río bajo las balas. Entre disparos y maldiciones, llegó a la ribera enemiga, matando, de entrada, a cinco germanos. Su ejemplo no hizo más que avivar el espíritu hispano que late en nuestro corazón, y arrastró a su capitán que le siguió con nueve soldados. En la noche del 24 de abril de 1547 ese puñado de españoles se hacía hueco en la otra orilla y en la Historia.



Despejaron el terreno de enemigos y recuperaron pontones que permitieron el paso del ejército imperial español al mando del César Carlos. Los herejes luteranos huyeron derrotados. Sobre el campo de batalla, el emperador ascendía a alférez a Cristóbal de Mondragón, diciéndole ante todos;

«sois el mejor soldado del mejor tercio de la infantería española».



Mondragón, una docena de años más tarde, también en abril, se convertía en coronel de valones del Tercio, a las órdenes de Sancho Dávila. Como gobernador de Damvillers, en Flandes, se enfrentaría a los insurrectos liderados por el príncipe hereje Guillermo de Orange.

Pero el valor y su entrega a la Patria en la defensa de la Hispanidad no le permitía quedar inactivo, y España reclamada en todas las esquinas del globo, lucha y heroicidad contra sus enemigos.



En la Guerra de los Ochenta Años, en la primavera de 1570, el Duque de Alba ordena a Mondragón la defensa de Amberes, de Middelburg y de Goes, ciudades sitiadas por los herejes protestantes y los «mendigos del mar», justamente tachados de piratas.

Guillermo de Orange taponó las dos bocas del río Escalda, que baña Gante. Mondragón y Sancho Dávila, con 3.000 infantes, vadearon a contracorriente 15 kilómetros del gran río, en la noche del 20 de octubre de 1572, con el agua por encima del pecho. Llegaron a la isla de Zuid-Beveland donde sorprendieron y derrotaron a los 7.000 holandeses que sitiaban Goes. Así fue cómo tuvo noticia Felipe II del coronel Mondragón.



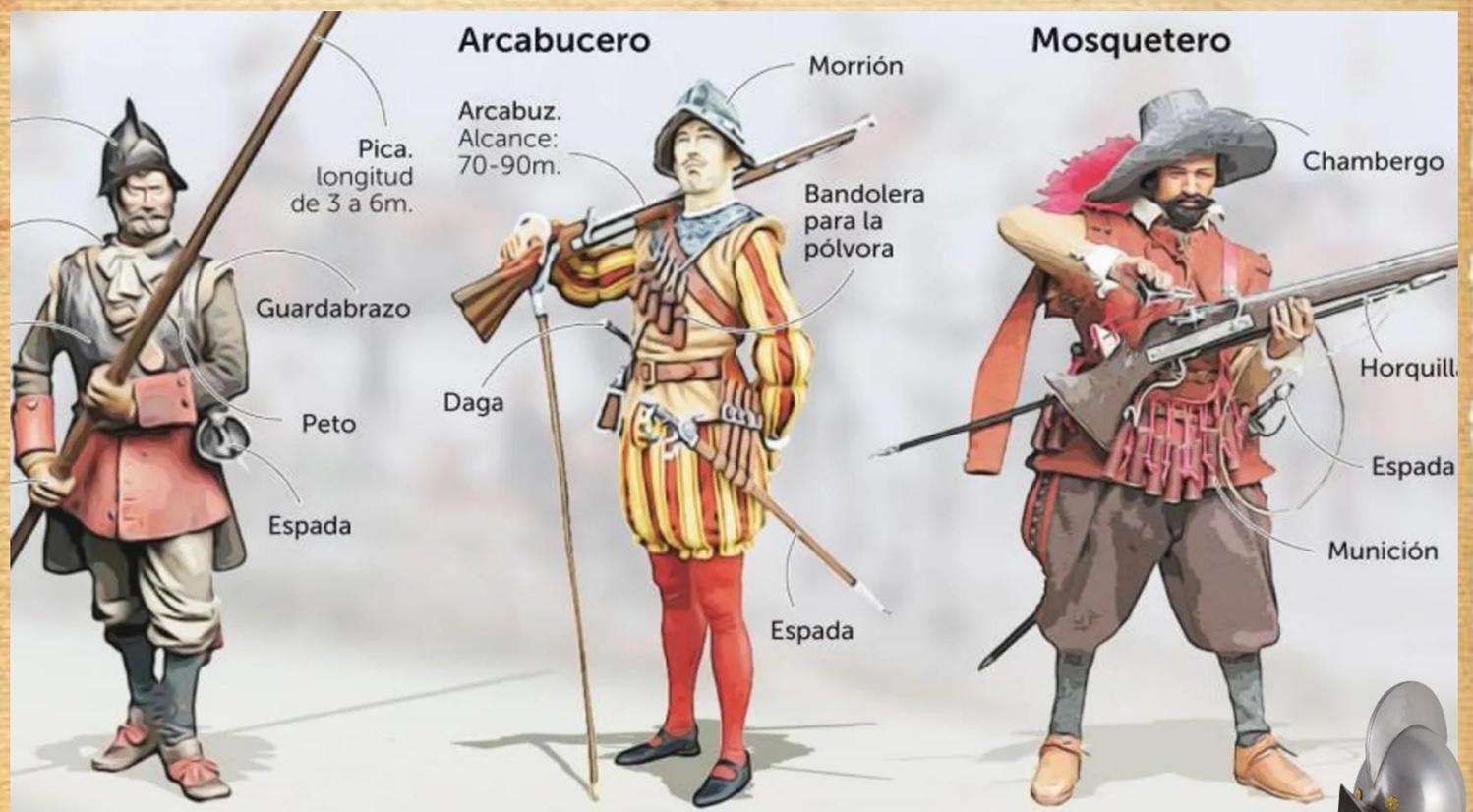
Pero aquí aún sólo comenzaba una gesta de valor y victorias que iba creciendo sin cesar.

Al año siguiente, en mayo, Mondragón asalta y reconquista la isla de Tholen, 300 españoles contra 1.200 orangistas. En 1575, siendo gobernador de Gante, repitió hazaña y recuperó la isla de Schouwen. Un año después, conquistó Zierikzee, en medio del territorio protestante. Terminó

la década
tomando
Limburgo y el
castillo de
Dalhem.
Colaboró con
Alejandro
Farnesio en la



conquista de Maastricht. Entonces regresó a España para informar a Felipe II.



En 1582 Mondragón ya era maestro de campo del Tercio Viejo, antes conocido como Tercio de Sicilia, aunque la tropa le seguía llamando «el coronel». Combatió en Gante contra el ejército del duque de Alençon y conquistó el castillo de Linguerque. El 4 de agosto de 1584, Mondragón tomaba Amberes. Había perdido 20 soldados, pero causado 1.600 bajas al enemigo!

España volvía a dominar todo Flandes y Valonia.

En 1592, el Coronel reanudaba la lucha en Flandes. Con un ejército menguado, pues la mayoría combatía en tierras galas, asaltó los

castillos de Verló y Turnahaut. A la muerte de Farnesio el nuevo gobernador de los Países Bajos, Pedro Ernesto de Mansfeld, antes de partir a Francia nombró a Mondragón capitán general del ejército del Brabante y maestro de campo del ejército de Flandes.

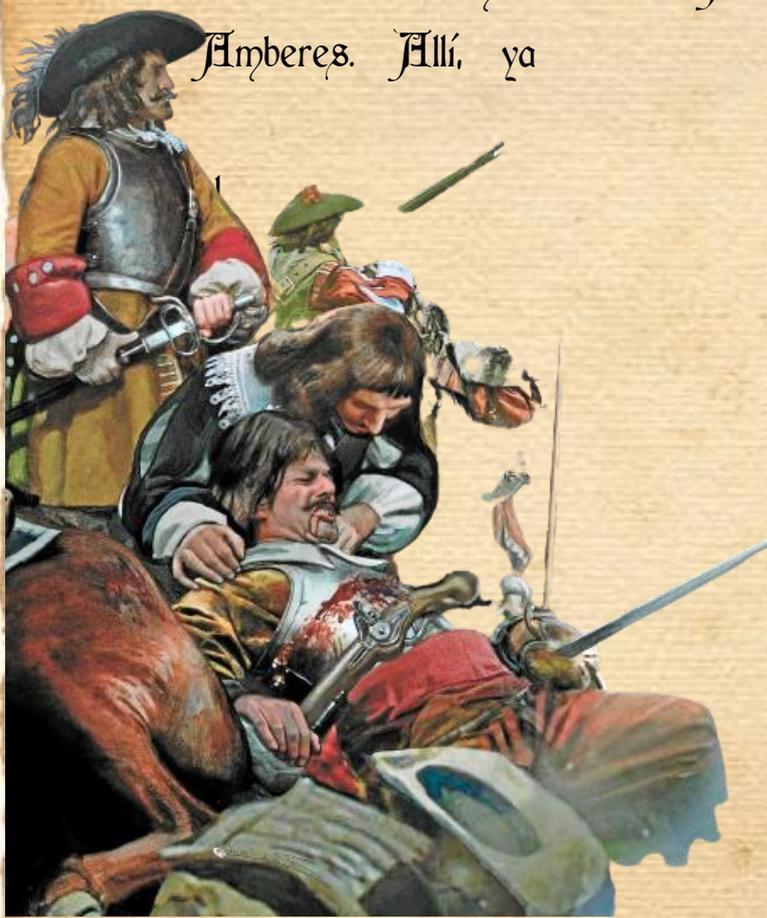
Ya no hay enemigo de España que no tiemble al oír su nombre.

En octubre de 1595, Mondragón combatió con Mauricio de Nassau a orillas del río Lippe. El espionaje español desbarató la emboscada que Nassau preparaba a los Tercios de su Católica Majestad. Allí murió bajo las picas españolas su primo Felipe de Nassau y el conde Ernesto de Nassau fue apresado por los Tercios de Mondragón. Derrotado, Mauricio huía a Holanda.

En diciembre,
Amberes. Allí, ya

Mondragón se marchaba al Castillo de
con ochenta y dos años y tras
sesenta y cuatro años de servicio
Rey, muere en la ventana ante
soldados.

Entregó su alma a Dios el
4 de enero de 1596.



Teresa Enríquez de Alvarado

La loca del Sacramento



Noble y dama de la Corte de Isabel la Católica y fundadora de las cofradías eucarísticas en España, nuestra ilustre mujer nació en Valladolid, en el año 1450,

Hija del almirante de Castilla Alonso Enríquez, además de prima hermana del rey Fernando el Católico. Su infancia discurrió

junto a su abuela paterna, muy cerca de Medina de Rioseco (Valladolid), encontrando en ella un modelo para su vida futura.

Hacia 1470 se casó con Gutierre de Cárdenas, perteneciente a una de las familias más destacadas de la segunda mitad del siglo xv.

Un hombre muy vinculado a la causa de nuestra Reina Isabel. En los primeros momentos del reinado de Isabel y Fernando fue nombrado contador mayor, desempeñando junto con su esposa cargos de continuo servicio a los Monarcas.

Desde 1478 Gutierre de Cárdenas recibió la encomienda mayor de León. No solamente su esposa, Teresa, fue testigo privilegiado de los acontecimientos políticos del momento, sino que, conforme al sentir hispano, de la Hispanidad que brota de la Cristiandad, empezó a desarrollar toda una serie de obras pías.

En 1503 moría su esposo, siendo la suya una de las fortunas más importantes de Castilla, recibiendo por ello acusaciones que nacían de las envidias que sólo brotan de las almas emponzoñadas. Era una fortuna que podía facilitar la fundación de un mayorazgo para que los bienes pasasen íntegros al cabeza de la familia, facilitando la perpetuidad del apellido. Fundado el mayorazgo, el usufructo del mismo fue para nuestra Teresa Enríquez.



Los rumores se centraron en su hijo, Diego de Cárdenas, que habiendo recibido el adelantamiento de Granada y después el ducado de Maqueda, no llegaba a aprobar el destino que su madre hacía de parte de esta fortuna para sus fundaciones y limosnas, algunas de ellas iniciadas ya por su esposo. Sin embargo, el heredero recibió



íntegro el mayorazgo, pues su madre se caracterizó por sus dotes de administradora.

Una vez viuda y con los hijos casados, Teresa Enríquez se estableció en Torrijos, villa que había comprado el matrimonio al Cabildo de la catedral de Toledo en 1482. Para algunas de sus obras contó con la colaboración del sacerdote sevillano Fernando de Contreras. Ambos se preocuparon por la atención a los enfermos, ampliando hospitales y fundando otros para las afecciones contagiosas. Tras la peste que diezaba la población, Teresa Enríquez pensó en el establecimiento de un colegio de huérfanos, preocupándose además de la dotación de las huérfanas, con el fin de que pudiesen desarrollar una vida digna. Consiguió también la reinserción de prostitutas, sin olvidar la atención a los cautivos de Argel, siempre con la colaboración del padre Contreras, conocido como el "*apóstol de la berbería*".



LA CIUDAD DE ARGEL

En los días previos a la reforma hereje y viendo la necesidad de revitalizar el culto a Cristo Sacramentado, conoció la existencia de cofradías del Santísimo Sacramento en Italia, especialmente en Roma. A través de los superiores franciscanos, les hizo llegar ornamentos para sus fines, erigió una capilla en su sede, les dotó de renta y consiguió del Papa una serie de privilegios espirituales para la misma. Todo un modelo para empezar a establecerlas en España.



Aquella cofradía romana fue reproducida en Torrijos, siendo conocida Teresa Enriquez como la fundadora de las cofradías del Santísimo en España, denominándola el papa Julio II como la

"loca del Sacramento y embriagada del vino celestial".

Para la cofradía de Torrijos construyó la colegiata del Corpus Christi, convirtiéndose dicha cofradía en la cabeza de todas las que se fueron erigiendo en parroquias españolas. Gracias a su contacto con misioneros populares franciscanos, como fray Juan de Navarrete, surgió la idea de que los canónigos de Torrijos visitasen iglesias españolas con pocas posibilidades, comprobando el estado de los sagrarios. Para realizar

esta misión, y evitar problemas de competencias con los obispos, Teresa Enríquez consiguió una bula de León X. El hagiógrafo del citado padre Contreras, el jesuita Gabriel de Aranda, atribuía a Teresa Enríquez la solemnización de la fiesta del Corpus Christi, instituida para la Iglesia por Urbano IV en 1264. Las cofradías del Santísimo contribuyeron, sin duda, a ello. Impulsó también el toque de ánimas, aunque no había sido ella la que lo había iniciado.



Teresa Enríquez realizó una intensa labor de fundación de conventos, siendo los franciscanos los principales beneficiados, quizás gracias a su cercanía con el cardenal Cisneros. En Torrijos, en 1492, fundaron el de Santa María de Jesús, llegando a ser una de las casas de franciscanos más ricas del momento. Tras la conquista de Granada, su esposo recibió la jurisdicción de Marchena, preocupándose a través de los agustinos de la catequización de los moriscos de la zona oriental de las Alpujarras.

Teresa Enríquez, desde 1496, establecía en Torrijos la segunda casa de concepcionistas de España, monjas fundadas por Beatriz de Silva. A través de su abadesa, María de Calderón y discípula directa de Santa Beatriz, contribuyó a la expansión de la verdadera Fe. Participó directamente en la fundación de cuatro, contribuyendo ampliamente a la de otras casas. En todo ello participó

su propia familia, entre ellas tres de sus nietas —hijas de los condes de Miranda—, profesando como monjas de la Concepción.

Teresa Enríquez murió a edad muy avanzada, cercana a los ochenta años.

Teresa Enríquez fue modelo de nobles españolas que, sin ser religiosa profesa sino desde su posición social, supo aprovechar su condición política privilegiada para fundar numerosas obras de caridad y conventos.



JUANITO, CRUZADO DE ESPAÑA

(CUARTA PARTE)

LLEGÓ UN HOMBRE

Durante una de sus ausencias, mientras Juanito manipulaba un pequeño fuego, intentando que éste no fuera muy visible, apareció de repente una cabeza por encima de la maleza que había sobre el terraplén que, por detrás, hacía plano inclinado con la montaña.



El recién llegado miraba a izquierda y a derecha con mucha precaución y después, con un silbido casi imperceptible, llamó la atención del niño mientras que por gestos le preguntaba si estaba solo. En vista de su respuesta afirmativa, rodeó el talud que servía de muro y lentamente, porque parecía muy fatigado, se fue aproximando al pequeño campamento y se dejó caer sobre una piedra.

Era un hombre de unos treinta años, vestido con simplicidad, como lo haría un montañés que

estuviera de viaje. Igual que ellos, llevaba un abrigo algo extraño y enrollado, dispuesto a través del pecho.

Juanito temblaba, pensando que, sin duda, se trataba ese temible jefe de banda. Así que, como siempre hacía en todas sus dificultades, pequeñas y grandes, invocó con todo su corazón a la Santísima Virgen, a la que quería muchísimo, a Nuestra Señora del Pilar, tan amada por todos los españoles: «Virgen Santa, dame la fuerza y la inteligencia para echar de aquí a ese bandido, si fuera él».

El desconocido se sentó muy cerca de él, y mirando un trozo de pan le preguntó:

—¿Puedo comer un trocito de ese pan? Tengo muchísima hambre, ¿sabes? Cuando se viaja por las montañas se sabe cuándo es el momento de la partida, pero no se sabe nunca cuándo se llega a destino, sobre todo en estos tiempos.



—El pobre muchacho, muy impresionado, no respondía más que por un vago asentimiento con la cabeza.

Entonces, ¡oh sorpresa!, el hombre agarró el pan, y con mucha calma hizo el signo de la cruz. Después, también muy lentamente, rezó el benedícite.



Juanito no daba crédito a sus ojos. La Santísima Virgen, tan buena, le había salvado una vez más. No era el jefe de la banda sino un blanco, que andaba errante por aquellas tierras.

Su lengua
se desató
en



seguida:

— ¿Usted es católico?

— Sí, amigo, ¿y tú?

— Oh, sí, ¡yo también!

— Entonces, si te parece, vamos a rezar juntos por España. Es bueno rezar juntos, sobre todo hoy, cuando poder orar es tan difícil y tan inusitado.

Tanto el hombre como el niño rezaron arrodillados un Avemaría con mucha sencillez, pero llenos de fervor. Estaban intensamente unidos por la hermandad cristiana, en comunión con la Iglesia triunfante; pues la Iglesia militante recibe su influjo sublime y grandioso de la cabeza del Cuerpo Místico que es Cristo.

— ¿Y tú de dónde vienes? Supongo que estas casas en ruinas no son tu domicilio habitual. En

estos bancales no se cultiva nada y no veo ningún rebaño.

—Soy de Pobleto. Mataron a mi mamá y quemaron mi aldea. Yo pude escapar. Desde hace unos cuantos días estoy aquí; esa es la casa de un rojo. Debe irse lo más rápidamente posible.

—¿Hace mucho que marchó de aquí?

—No, se ha ido por aquella dirección, hará más o menos un cuarto de hora.

—¿Tarda mucho en regresar?

—Depende. En ocasiones sólo media hora, pero otras veces, horas enteras.

—Bueno, voy a descansar en las proximidades de esta casa. Me vendrá bien detenerme unos instantes. Podremos charlar un poco... ¿Te apetece?

—Oh sí, tuve mucho miedo cuando le vi llegar, tanto que recé a la Santísima Virgen con todas mis fuerzas, y puedo decir que nuestra Madre me ha escuchado.

— ¿Y qué le preguntabas?

—Pues verás, amigo, el hombre que me ha dado refugio desde el otro día, cuando ya no podía más de agotamiento, este hombre está siendo perseguido por el jefe comunista de su banda y está temeroso en todo momento de volvérselo a encontrar. Yo debo vigilar mientras él duerme, y él mismo sale todas las noches a reconocer el terreno

y también hace lo mismo en algunas ocasiones durante el día.

—¿Sabe que eres católico?

—Sí, el primer día, al igual que usted ha hecho hoy, recé justo antes de empezar a comer. Se arrojó sobre mí y me golpeó una y otra vez. Todavía tengo moratones de los golpes recibidos.

—¿No piensas que podría ser uno de los numerosos emboscados que los rojos sitúan por doquier para interceptar los correos de los blancos? Los blancos se están organizando en el interior del país, gobernado por los rojos, para luchar contra estos revolucionarios. Tal vez tu anfitrión te ha contado esa historia, que suena un poco increíble, solamente para retenerte junto a él y para tener quien vigile mientras él está durmiendo. Vamos, amiguito, no te desesperes, ¿le has señalado ya a alguien?

—Oh no, a nadie.

—Bien, entonces no has hecho ningún mal. No vas a tener más que problemas si permaneces aquí para señalar a las gentes que se acercan o que parecen acercarse. Deja pasar tranquilamente a todos los que pasan ocultándose y se alejan rápidamente, mientras te quedas aquí con este bandido.

—Pero yo no sé dónde ir. ¿Y si hubiera dicho la verdad?

—Parece que tu amigo comunista te cae bien. Vamos a ver, ¿cómo te llamas?

—Juanito, señor.

—Es un buen nombre, y tienes un gran Santo Patrón: el discípulo preferido de Nuestro Señor Jesucristo. ¿Podrás ser uno de los preferidos de Cristo si te conviertes en un rojo?

—Pero si yo no quiero ser rojo, señor, pero...

—Sí, que no sabes dónde ir. ¿Y si te vienes conmigo?

—¿Con usted? Tal vez. Había pensado quedarme algún tiempo con Alfonso (él se llama Alfonso) y acercarle a Dios. Él ya es muy amable conmigo, y me ha dicho que, si los rojos le persiguen, se irá y me llevará hasta donde están los blancos.

—¿Pero le persiguen, o no? Tú y él estáis escondidos casi todo el tiempo. El recorre la montaña durante la noche para acechar la llegada de su famoso jefe. Yo a eso no lo llamaría estar perseguido, ni parece que tenga ninguna prisa por pasar junto a los blancos. Vamos, es fácil caminar y atravesar las montañas ¡te vendría muy bien ahora!

—Oh, claro que sí

—Juanito, ese hombre te está tomando el pelo. Vente conmigo sin demora. Pareces triste... ¿por qué? ¿tanto aprecias a alguien a quien apenas conoces? Vamos, dime en qué estás pensando.

—Quisiera, en fin... había pensado...

—Dime. Háblame con franqueza. Soy sacerdote, aunque estoy vestido de seglar, el hábito no hace al monje en estos tiempos convulsos.

—¡Así que usted es sacerdote!; Nunca lo hubiera pensado! Siempre he querido ser sacerdote misionero entre los paganos. De hecho, estaba pensando que Alfonso iba a ser el primer pagano al que iba a convertir. Los rojos son como un tipo de paganos salvajes, ¿no cree?

—Juanito, eres un niño muy valiente. Me alegro de haberte encontrado. Está bien, quédate aquí y quizá por todos tus sacrificios y oraciones fervientes alcanzarás de Dios la gracia de la conversión de ese desgraciado. Seguramente está bautizado. ¿Quién no lo está en nuestra pobre España? El comienzo suele ser bueno, pero no saben perseverar. Quédate, ya nos veremos en alguna de mis idas y venidas.

(Continuará)



Pelayos

Las Aventuras de Clara y Santiago



Hoy celebran una gran Fiesta que el Rey Carlos VII instituyó para que no olvidáramos a todos los Mártires de la Tradición, para que rezáramos por ellos a lo largo de todos los años, y reconociéramos su ejemplo todos los días.

Las banderas de las Españas presiden la mesa, y Clara y Santiago se han vestido con sus mejores galas para asistir a la Santa Misa



Santiago acolita en la Santa Misa, mientras sus amigos sostienen las banderas que inclinan, rendidas y en obediencia, cuando el sacerdote eleva a Cristo Rey por encima de todo lo creado. El Padre José Ramón García Gallardo les predica sobre los Mártires de la Tradición...



....Antonio Molle Lazo, que entregó su vida al grito de ¡VIVA CRISTO REY!, mientras defendía el convento de las Hermanitas de la Cruz en Peñaflores...

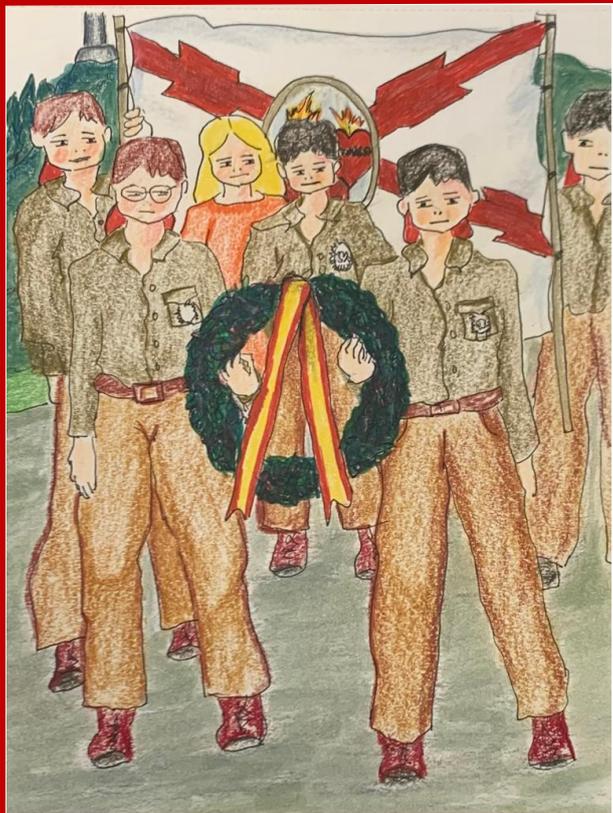


...de la Cabalgata por los Mártires de la Tradición, en la Pampa, en Argentina...



Y con sus grandes banderas, con el orgullo de ser soldados de la Tradición, desfilaron con el Jefe del Círculo, camino del cementerio de su ciudad, a las tumbas de los Mártires.

La gente que pasaba los miraba en silencio, hasta que en medio del público que se paró a verlos, salió un grito: ¡Viva Cristo Rey! Y otro decía a su vecino: -Son carlistas. Replicándole el otro: -Son los que salvaron a España en la Cruzada. ¡Que vuelvan!, gritaron otros al fondo.



Las personas que los miraban a ambos lados de la calle arrancaron con un fuerte aplauso cuando detrás del Jefe del Círculo aparecieron los Pelayos y las Margaritas con la corona de flores que iban a depositar en las tumbas de los Mártires.

¡VIVA ESPAÑA!



Y así
llegaron,
Clara,
Santiago,
Jarrón y
todos sus
amigos
Pelayos y
Margaritas a
depositar en
la tumba de
los Mártires
de su
ciudad, una
gran corona
de flores y
rezaron a
sus pies,
pidiendo a
Nuestro
Señor
Jesucristo
por ellos y la
gracia seguir
sus ejemplos
hasta la
última gota
de su
sangre.



Recordaron su sacrificio,
su lealtad, su Fe, su
disposición, su pelea
y...su muerte.

¡VIVA CRISTO REY!

¡VIVA ENRIQUE VI!

Gritaron todos.

La gente les esperaba fuera. Querían ver otra vez a los carlistas, querían ver otra vez la esperanza que habían perdido. ¡Cuántos carlistas hay! Soplabla el viento y las banderas ondeaban tan grandes que parecía cubrían todas las calles. Y los Pelayos empezaron a cantar el Oriamendi: POR DIOS. POR LA PATRIA Y EL REY, LUCHARON NUESTROS PADRES; POR DIOS, POR LA PATRIA Y EL REY, LUCHAREMOS NOSOTROS TAMBIÉN



LAS ESPAÑAS

«Por Dios, por la Patria y el Rey, lucharon nuestros padres»... seguían cantando todos hasta el final.

Pero Clara, que se quedó pensativa en la estrofa inicial que hacía referencia a «nuestros padres», miró a D. Ignacio que se volvía al sillón a coger su roja boina roja, y le preguntó, sin esperar:

— D. Ignacio, ¿porqué hablan de nuestros padres, en la canción?

— Porque ellos lo son; pues desde su fe en Nuestro Señor Jesucristo, lucharon por el Rey y por las Españas: son los Mártires de la Tradición.

D. Ignacio se había puesto muy serio y su voz era más grave si cabe, y sujetaba su boina con firmeza, mientras su mirada se dirigía a la ventana, desde donde se veía el final de la ciudad y los campos que la circundaban.

Santiago le miraba atónito, ante aquel cambio, que presagiaba que de algo muy serio e importante el amigo corrió, había



estaba hablando

de sus padres. Tanto era así, que Jarrón con el lomo erizado, hasta la ventana, intentando averiguar aquello que puesto así a tan importante invitado, porque debería ser algo extremadamente importante.

—Todos aquellos que dejaron casas y familias, haciendas y honores, comodidades y tranquilidad, firmes y diligentes a la orden del Rey, que les pidió todo para combatir contra los enemigos de las Españas— prosiguió D. Ignacio—

Todos los que murieron en la trinchera y en los hospitales, segados por las balas y por cañones; todos



aquellos que fallecieron en las cárceles o marginados por los traidores a la patria; todos, en fin, que dieron con generosidad el mayor bien que tenemos: la vida.

Clara y Santiago se estremecieron, imaginando aquellos campos lejanos que se veían desde la ventana, con columnas de carlistas que avanzaban y se unían en ejército encarnado tras una gran bandera de la Cruz de Borgoña, y a la que seguían Tercios de Requetés que surgían por doquier, cantando el Oriamendi.

— Nuestro Rey, Carlos VII, celoso de su tropa, instituyó la gran Fiesta de los Mártires de la Tradición, en la que pediríamos, a través de los siglos, por todos ellos, ejemplos intachables para nosotros.

— ¡Puf!, exclamó Santiago, sin poder articular más palabras ante tamaña explicación.

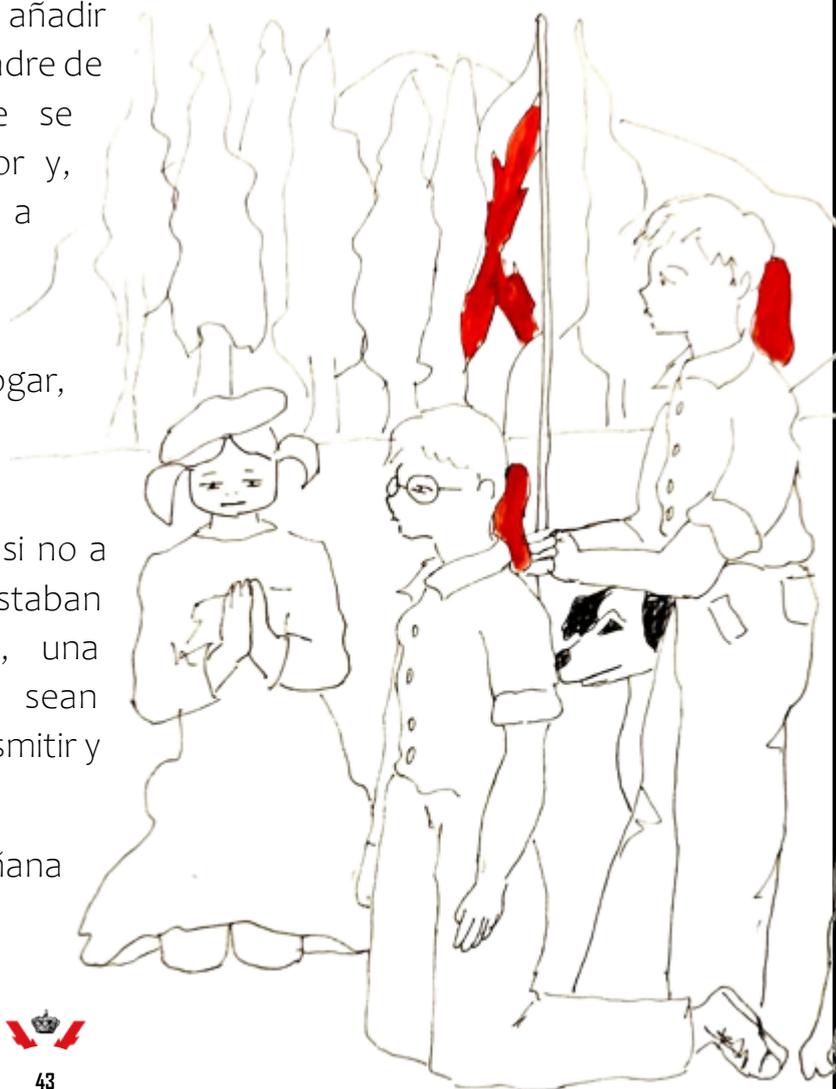
— Sólo podemos pedir —proseguía D. Ignacio— el honor de engrosar la larga lista de sus nombres, de tener los méritos de los que ellos pueden hacer gala. Esa larga lista de sus nombres tiene un alto precio, por eso esta boina encarnada y la blanca de las margaritas, sólo se puede ceñir sobre nuestras cabezas si estamos dispuestos a la obediencia y al sacrificio que conlleva.

Se hizo un silencio que sólo hizo añadir solemnidad a lo que acababan de oír. El padre de los jóvenes intervino pidiendo que se arrodillaran ante la imagen del Señor y, sosteniendo la bandera, comenzaron a rezar por todos aquellos Mártires.

Era un momento importante, aunque fuera hecho en la intimidad de su hogar, porque es desde ahí mismo de donde parten los soldados de la Tradición.

Ya no era D. Ignacio a quien miraban, si no a sus padres. Eran ellos los que les estaban transmitiendo una verdad perenne, una responsabilidad que, ellos cuando sean mayores, tendrán la obligación de transmitir y luchar por hacerla realidad.

Hoy eran jóvenes pelayos, pero mañana margaritas y requetés.



Madre de La Hispanidad

Nuestra Señora de Suyapa



Nuestra Señora de la Concepción de Suyapa fue hallada un sábado del mes de febrero de 1747 por dos personas sencillas: Alejandro Colindres, un joven y humilde labrador, y un niño de ocho años llamado Jorge Martínez. Ambos fueron enviados por la madre del primero, Isabel Colindres, a limpiar campos de maíz a la montaña del Piliguín, al noreste de Tegucigalpa.

Al regresar a la aldea de Suyapa, después de una dura jornada dedicados a la cosecha del maíz, oscureció cuando



estaban a la altura de un lugar llamado la Quebrada del Piligüín, que les pareció apropiado y cómodo para pasar la noche. Allí se acostaron en el duro suelo. A pesar del cansancio, Colindres se mantuvo despierto por un dolor agudo en su costado, y se dio cuenta de que se había apoyado sobre algo que se le clavaba en la espalda. A causa de la oscuridad no podía ver lo que era. Tomaba y arrojaba lo que le molestaba, pero cuando volvía a acostarse ahí estaba de nuevo, una y otra vez. Al percatarse de que emanaba un aroma delicioso, desistió de arrojarlo y se le ocurrió guardarlo en la mochila.



A la mañana siguiente, agotado por el poco sueño que pudo conciliar, Colindres descubrió que se trataba de la estatuilla de una pequeña imagen de Nuestra Señora, tallada en madera de cedro. La llevó enseguida a la casa donde vivían su madre Ana Caraballo y de su hermana Isabel Colindres, en la Villa de Suyapa y que actualmente es un barrio de la capital, Tegucigalpa.

Los Colindres eran una familia de una profunda fe. Colocaron la imagen en una mesita, adornada con flores naturales que renovaban a diario. Sentían una gran veneración a la Inmaculada. Luego acondicionaron una pequeña habitación como Capilla, donde durante más de veinte años le rindieron un



culto familiar, sencillo y sincero, ofreciéndole sus trabajos y confiándole sus preocupaciones y necesidades.

Nuestra Señora de Suyapa apenas mide seis centímetros y medio. En su mirada se refleja la nobleza de la raza indígena:



morena, de rostro ovalado, mejillas redondeadas, con su lacia cabellera cayéndole hasta los hombros y con unas diminutas manos unidas en actitud de oración.

Los habitantes de la aldea también le tenían devoción, tanta que cuando alguno enfermaba solían llevar la imagen a la casa del enfermo para que la Virgen lo visitara.

Un día enfermó don José de Zelaya. Un militar importante, dueño de la hacienda «el Trapiche», situada como a un cuarto de legua de la aldea. En realidad, ya estaba enfermo desde hacía tiempo y sufría mucho a causa de unos cálculos renales.





Isabel Colindres sabía de su enfermedad y le mandó un recado diciéndole que, si quería, podía enviarle la imagen de su Virgen.

Don José aceptó y llevaron a la Virgen en una pequeña, pero devota, procesión. Al llegar, el enfermo, fervoroso y contrito, le pidió su curación y le prometió construirle a cambio una ermita. Tres días después el Señor Zelaya arrojó por vía urinaria las tres piedras que eran el tormento de su vida. Esto ocurrió en el año de 1768.

La imagen de la Virgen de Suyapa permaneció 21 años en el altar de la familia Colindres, hasta que en 1768 se acreditó ese primer milagro. Y a raíz de esta gracia, la familia Colindres comenzó a recaudar fondos para construir una capilla, que fue completada en 1777. En 1925, el Papa Pío XI la declaró Patrona de Honduras bajo el título de Nuestra Señora de Suyapa y declaró el 3 de febrero como su día festivo. En la década de 1950 se construyó una gran basílica próxima a la capilla, nombrada Basílica de Suyapa.

El color original de su vestidura es el rosa pálido, que apenas se deja ver por estar totalmente cubierto por un manto oscuro tachonado de estrellas doradas y adornado con valiosas alhajas, que son el reflejo del amor de sus hijos que quieren ver vestida a su Madre con lo mejor que puedan obsequiarle.





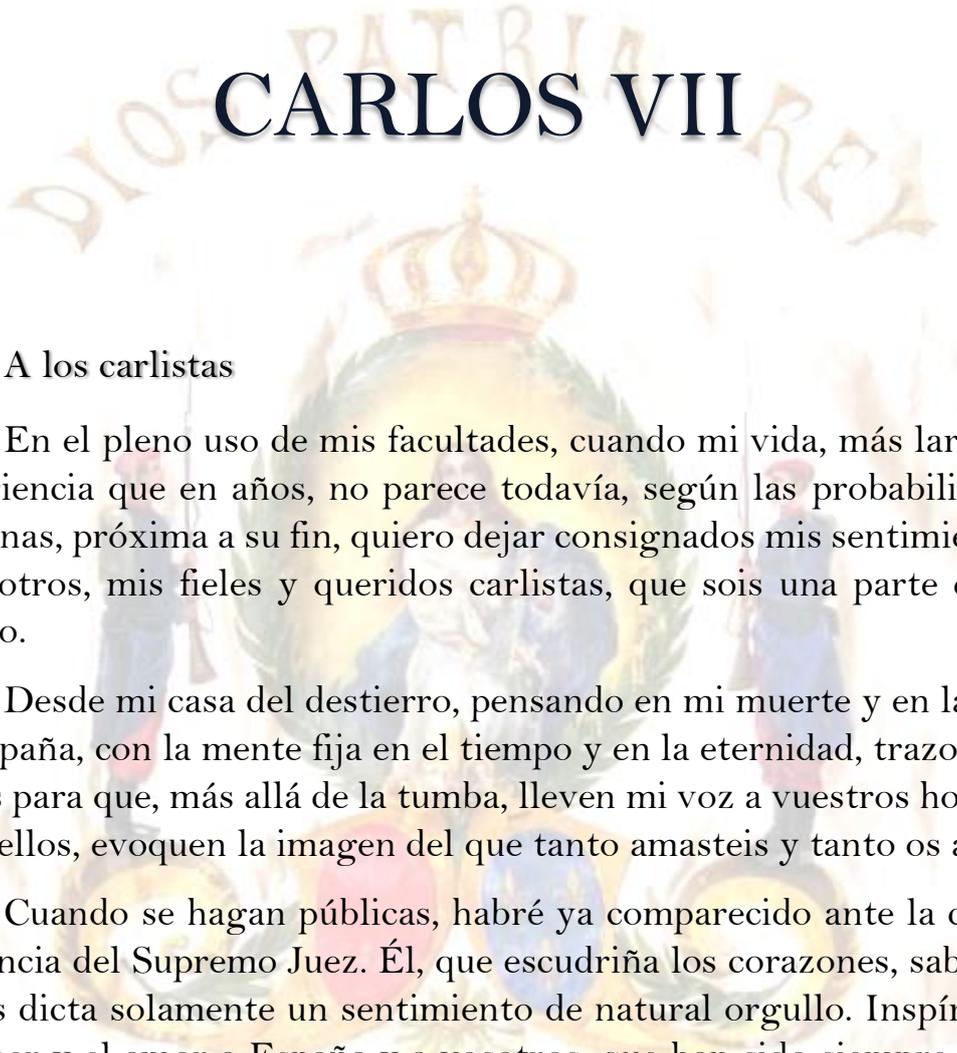


Catecismo

Juventudes Tradicionalistas

TESTAMENTO POLÍTICO

CARLOS VII



A los carlistas

En el pleno uso de mis facultades, cuando mi vida, más larga en experiencia que en años, no parece todavía, según las probabilidades humanas, próxima a su fin, quiero dejar consignados mis sentimientos, a vosotros, mis fieles y queridos carlistas, que sois una parte de mí mismo.

Desde mi casa del destierro, pensando en mi muerte y en la vida de España, con la mente fija en el tiempo y en la eternidad, trazo estas líneas para que, más allá de la tumba, lleven mi voz a vuestros hogares y, en ellos, evoquen la imagen del que tanto amasteis y tanto os amó.

Cuando se hagan públicas, habré ya comparecido ante la divina presencia del Supremo Juez. Él, que escudriña los corazones, sabe que no las dicta solamente un sentimiento de natural orgullo. Inspíranlas el deber y el amor a España y a vosotros, que han sido siempre norte de mi vida.

Parecíame ésta truncada si no os dejase un testamento político, condensando el fruto de mi experiencia, y que os pruebe que aun después de que mi corazón haya cesado de latir, mi alma permanece entre vosotros solícita a vuestras necesidades, reconocida a vuestro cariño, celosa de vuestro bienestar, alma, en fin, de padre amantísimo, como yo he querido ser siempre para vosotros.



Deuda de gratitud

Pago, además, una deuda de gratitud.

Sois mi familia, el ejemplo y el consuelo de toda mi vida, según he dicho en momentos solemnes. Vuestro heroísmo, vuestra constancia, vuestra abnegación, vuestra nobleza, me han servido de estímulo inmenso en los días de lucha y de prosperidad, y de fortísimo sostén en las amarguras, en los sufrimientos, en la terrible inacción, la más dura de todas las cruces, la única que ha quebrantado mis hombros en mi vida de combate.

No puedo corresponder de otra manera a todo lo que os debo, que tratando de dejaros en estos renglones lo mejor de mi espíritu.

Fe y patriotismo

En mi testamento privado confirmo la ferviente declaración de mi fe católica. Quiero aquí repetirla y confirmarla a la faz del mundo.

Sólo a Dios es dado conocer qué circunstancias rodearán mi muerte. Pero sorpréndame en el Trono de mis mayores, o en el campo de batalla, o en el ostracismo, víctima de la revolución, a la que declaré guerra implacable, espero poder exhalar mi último aliento besando un crucifijo, y pido al Redentor del mundo que acepte esta vida mía, que a España he consagrado como holocausto para la redención de España.

Con verdad os declaro que, en toda mi existencia, desde que en la infancia alborearon en mí los primeros destellos de la razón, hasta ahora que he llegado a la madurez de mi virilidad, siempre hice todo según lealmente lo entendí, y jamás dejé por hacer nada que creyese útil a nuestra Patria y a la gran Causa que durante tanto tiempo me cupo la honra de acaudillar.

«Volveré con mis principios...»

Volveré, os dije en Valcarlos, aquel amargo día, memorable entre los más memorables de mi vida. Y aquella promesa, brotada de lo más hondo de mi ser, con fe, convicción y entusiasmo inquebrantable, sigo esperando firmemente que ha de cumplirse. Pero si Dios, en sus inescrutables designios, tuviese decidido lo contrario; si mis ojos no han de ver más ese cielo que me hace encontrar pálidos todos los otros; si he de morir lejos de esta tierra bendita, cuya nostalgia me acompaña



por todas partes, aún así no sería una palabra vana aquel grito de mi corazón.

Si España es sanable, a ella volveré, aunque haya muerto. Volveré con mis principios, únicos que pueden devolverle su grandeza; volveré con mi bandera, que no rendí jamás y que he tenido el honor y la dicha de conservaros sin una sola mancha, negándome a toda componenda para que podáis tremolarla muy alta.

Esperanza de gloria

La vida de un hombre es apenas un día en la vida de las naciones.

Nada habría podido mi esfuerzo personal si vuestro concurso no me hubiese ayudado a crear esa vigorosa juventud creyente y patriótica, que yo veo preparada a recoger nuestra herencia y a proseguir nuestra misión. Si en mi carrera por el mundo he logrado conservar para España esa esperanza de gloria, muero satisfecho, y cúmpleme decir con legítimo orgullo que en el destierro, en la desgracia, en la persecución, he gobernado a mi Patria más propiamente que los que se han ido pasando las riendas del Poder.

El dique antirrevolucionario

Gobernar no es transigir, como vergonzosamente creían y practicaban los adversarios políticos que me han hecho frente con las apariencias materiales del triunfo. Gobernar es resistir, a la manera que la cabeza resiste a las pasiones en el hombre bien equilibrado. Sin mi resistencia y la vuestra, ¿qué dique hubieran podido oponer al torrente revolucionario los falsos hombres de gobierno que, en mis tiempos, se han sucedido en España? Lo que del naufragio se ha salvado, lo salvamos nosotros, que no ellos; lo salvamos contra su voluntad y a costa de nuestras energías.

Dinastía inextinguible

¡Adelante, mis queridos carlistas! ¡Adelante por Dios y por España! Sea esta vuestra divisa en el combate, como fue siempre la mía; imploraremos de Dios nuevas fuerzas para que no desmayéis.

Mantened intacta vuestra fe, y el culto a nuestras tradiciones, y el amor a nuestra bandera. Mi hijo Jaime, o el que en derecho y sabiendo lo que ese derecho significa y exige, me suceda, continuará mi obra. Y aún así, si apuradas todas las amarguras, la dinastía legítima que nos ha servido de faro providencial, estuviera llamada a extinguirse, la dinastía de mis admirables carlistas, los españoles por excelencia, no se extinguirá jamás. Vosotros podéis salvar a la Patria, como la salvasteis, con el Rey a la cabeza, de las hordas mahometanas y, huérfanos de Monarca, de las legiones napoleónicas. Antepasados de los voluntarios de Alpens y de Lácar, eran los que vencieron en las Navas y en Bailén. Unos y otros llevaban la misma fe en el alma y el mismo grito de guerra en los labios.

Sacrificios fecundos

Mis sacrificios y los vuestros para formar esta gran familia española, que constituye como la guardia de honor del santuario donde se custodian nuestras tradiciones venerandas, no son, no pueden ser estériles. Dios mismo, el Dios de nuestros mayores, nos ha empeñado una tácita promesa al darnos la fuerza sobrehumana para obrar este verdadero prodigio de los tiempos modernos, manteniendo purísimos, en medio de los embates desenfrenados de la revolución victoriosa, los elementos vivos y fecundos de nuestra raza, como el caudal de un río cristalino que corriera apretado y compacto por en medio del Océano, sin que las olas del mar consiguieran amargar sus aguas.

Obreros de lo por venir

Nadie más combatido, nadie más calumniado, nadie blanco de mayores injusticias que los carlistas y yo. Para que ninguna contradicción nos faltase, hasta hemos visto con frecuencia revolverse contra nosotros a aquellos que tenían interés en ayudarnos y deber de defendernos.

Pero las ingratitudes no nos han desalentado. Obreros de lo por venir, trabajamos para la Historia, no para el medro personal de nadie. Poco nos importaban los desdenes de la hora presente, si el grano de arena que cada uno llevaba para la obra común podía convertirse mañana en base monolítica para la grandeza de la Patria. Por eso mi muerte será un duelo de familia para todos vosotros, pero no un desastre.

¡El Rey no muere!

Mucho me habéis querido, tanto como yo a vosotros y más no cabe. Sé que me lloraréis como tiernísimos hijos; pero conozco el temple de vuestras almas, y sé también que el dolor de perderme será un estímulo más para que honréis mi memoria sirviendo a nuestra Causa.

Nuestra monarquía es superior a las personas. El Rey no muere. Aunque dejéis de verme a vuestra cabeza, seguiréis, como en mi tiempo, aclamando al Rey legítimo, tradicional y español, y defendiendo los principios fundamentales de nuestro Programa.

Principios fundamentales

Consignados los tenéis en todos mis Manifiestos. Son los que he venido sosteniendo y proclamando desde la abdicación de mi amadísimo Padre (q.e.p.d), en 1868.



Planteados desde las alturas del poder, por un Rey de verdad, que cuente por colaboradores al soldado español, el primero del mundo, y a ese pueblo de gigantes, grande cual ninguno por su fe, su arrojo, su desprecio a la muerte y a todos los bienes materiales, pueden, en brevísimo tiempo, realizar mi política, que aspiraba a resucitar la vieja España de los Reyes Católicos y de Carlos V.

Gibraltar español, unión con Portugal, Marruecos para España, confederación con nuestras antiguas provincias de Ultramar; es decir: integridad, honor y grandeza. He aquí el legado que, por medios justos, yo aspiraba a dejar a mi Patria.

Si muero sin conseguirlo, no olvidéis vosotros que esa es la meta, y que para tocarla es indispensable sacudir más allá de nuestras fronteras las instituciones importadas de países que no sienten, ni razonan, ni quieren como nosotros, y restaurar las instituciones tradicionales de nuestra Historia, sin las cuales el cuerpo de la nación es cuerpo sin alma.

Respecto a los procedimientos y las formas, a todo lo que es contingente y externo, las circunstancias y las exigencias de la época indicarán las modificaciones necesarias, pero sin poner mano en los principios esenciales.

Deberes hacia Francia

Aunque España ha sido el culto de mi vida, no quise ni pude olvidar que mi nacimiento me imponía deberes hacia Francia, cuna de mi familia. Por eso allí mantuve intactos los derechos que como Jefe y Primogénito de mi Casa me corresponden.

Encargo a mis sucesores que no los abandonen, como protesta del derecho y en interés de aquella extraviada cuanto noble nación, al mismo tiempo que de la idea latina, que espero llamada a retoñar en siglos posteriores.

Quiero también dejar aquí consignada mi gratitud a la corta, pero escogida, falange de legitimistas franceses, que desde la muerte de



Enrique V, vi agrupados en torno de mi Padre, y luego de mi mismo, fieles a su bandera y al derecho sálico.

A la par que a ellos, doy gracias, desde el fondo de mi alma, a los muchos hijos de la caballeresca Francia, que, con su conducta hacia mí y los míos, protestaron siempre de las injusticias de que era víctima, entre ellos, el nieto de Enrique IV y Luis XIV, constándome que los actos hostiles de los Gobiernos revolucionarios franceses, eran inspirados con frecuencia por los mayores enemigos de nuestra raza.

¡España ante todo!

Recuerden, sin embargo, los que me sucedan, que nuestro primogénito pertenece a España, la cual, para merecerlo, ha prodigado ríos de sangre y tesoros de amor.

Mi postrer saludo en la tierra será a esa gloriosa bandera amarilla y roja; y si Dios, en su infinita misericordia, tiene piedad, como espero, de mi alma, me permitirá desde el cielo ver triunfar, a la sombra de esa enseña sagrada, los ideales de toda mi vida.

La fiesta de los Mártires

Y a vosotros, que con tanto tesón los defendisteis al lado mío, alcanzará también mi supremo adiós. A todos os tendré presentes y de todos quisiera hacer aquí mención expresa. Pero ¿cómo es posible, cuando formáis un pueblo innumerable?

Inmenso es mi agradecimiento a los vivos y a los muertos de nuestra causa. Para probarlo y perpetuar su memoria instituí la fiesta nacional de nuestros Mártires. Continuada religiosamente los que hayáis de sobrevivirme. Congregaos para estímulo y aliento recíprocos, y en testimonio de gratitud a los que os precedieron en la senda del honor, el día 10 de marzo de cada año, aniversario de la muerte de aquel piadoso y ejemplarísimo abuelo mío, que, con no menos razón que los primeros caudillos coronados de la Reconquista,



tiene derecho a figurar en el catálogo de los Reyes genuinamente españoles.

Olvido y perdón

Pero si no me es posible nombrar a todos, uno por uno, a todos os llevo en el corazón, y entre todos escojo para bendecirlo, como padre y como Rey, al que se honró hasta ahora con el título de primero de mis súbditos, a mi amado hijo Jaime.

Dios, que le ha designado para sucederme, le dará las luces y las fuerzas necesarias para capitanearos. No necesito recordarle que si en vosotros, los carlistas de siempre, hallara a una especie de aristocracia moral, todos los españoles, por el hecho de serlo, tienen derecho a su solicitud y a su cariño. Nunca me decidí a considerar como enemigo a ningún hijo de la tierra española; pero es cierto que entre ellos muchos me combatieron como adversarios. Sepan que a ninguno odié, y que para mí no fueron otra cosa que hijos extraviados, los unos por errores de la educación; los otros, por invencible ignorancia; los más, por la fuerza de irresistibles tentaciones o por deletéreas influencias del ambiente en que nacieron. Una de las faltas que me han encontrado más inflexible es la cometida por los que ponían obstáculos a su aproximación a nosotros. Encargo a mi hijo Jaime que persevere en mi política de olvido y de perdón para los hombres. No tema extremarla nunca demasiado, con tal de que mantengan la salvadora intransigencia en los principios.

Los fueros de España

Encárgole, igualmente, que no olvide cuán ligado se halla, por mis solemnes juramentos, a respetar y defender las franquicias tradicionales de nuestros pueblos. En las importantes juras de Guernica y Villafranca entendí empeñarme, en presencia de Dios y a la faz de los hombres, por mí y por todos los míos.



El mismo sagrado compromiso hubiera contraído en cada una de las regiones de la Patria española, una e indivisible, según ofrecí a Cataluña, Aragón y Valencia, si materialmente me hubiera sido posible. De esta suerte, identificados y confundidos en todos los españoles, dignos de este nombre, su deber de vasallos leales con su dignidad de ciudadanos libres, compenetrados en mí la potestad Real y el alto magisterio de primer custodio de las libertades patrias he podido creer, y puedo afirmar con toda verdad, que donde quiera que me hallase, llevaba conmigo la Covadonga de la España moderna.

Sus dos ángeles buenos

Y ya que al nombrar como el primero de vosotros al Príncipe de Asturias, reúno en un mismo sentimiento de ternura a mi familia por la sangre con mi familia por el corazón, no quiero despedirme de vosotros sin estampar aquí los nombres de los dos ángeles buenos de mi vida: mi madre amadísima y mi amadísima María Berta. A las enseñanzas de una y a los consuelos de la otra, debo lo que nunca podré pagar. La primera inculcándome desde la infancia los principios sólidamente cristianos, que sacaba del fondo de su alma, me dejó trazado el camino recto del deber. La segunda, sosteniéndome en mis amarguras, me dio fuerzas para recorrer con pie firme, sin tropezar en las asperezas que al paso encontraba.

Esculpid en vuestros corazones y enseñad a los balbucientes labios de vuestros hijos esos dos nombres benditos: María Beatriz y María Berta. Y cuando vosotros, que tenéis la dicha también de vivir entre las admirables mujeres españolas, os sintáis confortados por una madre, por una hija, por una hermana, por una esposa, al asomaros al espejo de sus almas y ver en ellas reflejadas las virtudes del cielo, acordaos de que esos son reflejos también de estas dos almas privilegiadas que han iluminado el desierto de mi vida

«¡No me lloréis!»

Os dejo ya, hijos de mi predilección, compañeros de mis combates, copartícipes de mis alegrías y mis dolores.

No me lloréis. En vez de lágrimas dadme oraciones. Pedid a Dios por mi alma y por España, y pensad que al mismo tiempo que vosotros oráis por mí, yo estaré, con la gracia del Salvador del mundo, invocando la Virgen María, a Santiago, nuestro patrón, a San Luis y a San Fernando, mis celestiales Protectores, suplicándoles con la antigua fe española, que en mí se fortaleció en Jerusalén, al pie del sepulcro de Cristo, para que en la tierra se os premie como lo que sois, como cruzados y como mártires.

Antes de cerrar este mi testamento político, y deseando que el presente original, escrito todo de mi puño y letra, quede primero en poder de mi viuda, y faltando ésta, pase a mis legítimos sucesores, saco dos copias, una literal en castellano, y otra en francés, para que se comuniquen a la Prensa de España y de Francia, inmediatamente después de que se hayan cerrado mis ojos.

Hecho en mi residencia del Palacio de Loredán, Campo de San Vito, en Venecia, el día de Reyes del año de gracia de mil ochocientos noventa y siete. Sellado con mi sello real. Consta de seis pliegos, que forman veinticuatro páginas numeradas por mí.

Carlos



¡Sabías qué?

¡El Cristo a su casa!

Don Francisco Echeverría era un oficial del Ejército del Rey Don Carlos VII, superviviente en 1932, de la tercera guerra carlista y que vivía su ancianidad retirada en el pueblo de El Pueyo, próximo a Pamplona.

En 1932 las leyes de la II República obligaron a la retirada de los crucifijos de las escuelas de España, lo que se conoció como «La Guerra de los Crucifijos».

Por ello, le llegó el momento al Crucifijo de la escuela pública en Pueyo, como en todos los pueblos. Los fieles, junto al párroco, acordaron retirarlo en obediencia a tan injusta orden, sin resistencia alguna. Para ello idearon una procesión para esconder el Crucifijo en la iglesia, intentando darle todo el honor posible a aquella cobardía. Y para ello, el vecindario en masa, con las autoridades a la cabeza, llegaron a la





escuela. El señor párroco tomó la Cruz para llevarla a la Parroquia para siempre.

Cuando el cortejo se encontraba cerca del templo, en la esquina de una callejuela tortuosa, se toparon con la figura erguida, alta y delgada del vecino don Francisco Echeverría que vestía un uniforme de capitán de la caballería carlista, de pana marrón con botones plateados y que, desenvainando y blandiendo un enorme sable exclamó terrible:

«¡Atrás! ¡Dónde haya un voluntario de Carlos VII no se quita el Crucifijo de la escuela! Nadie pasa de aquí»

Los que formaban la procesión se asustaron y se detuvieron. El párroco, conciliador y bondadoso, le indicó a don Francisco que había que obedecer a la República y que, al fin y al cabo, el Crucifijo iba a un sitio digno.

Pero el viejo carlista le replicó, alto y claro, desenvainado el sable:

*«¡Que he dicho que no, y tú caerás el primero si te opones!
¡El Cristo a su casa!»*

Ante la firmeza del carlista en la defensa de Dios, la procesión dio media vuelta hacia la escuela a volver a poner a Nuestro Señor Jesucristo donde se encontraba, sin importar ni la República ni sus leyes, ni la cobardía de quienes deberían ser ejemplo.







Pelayos Trivial

- ¿Qué guerras libró España bajo el rey Fernando VI?
- ¿Quién sucedió a Su Majestad Católica el rey Felipe V de Borbón?
- ¿Dónde se ¿Cuál era la última parada de renombre del Camino Real de Tierra Adentro? San Millán para ayudar a los cristianos contra los moros?
- ¿Qué celebramos en Navidad los cristianos?



Pelayos Trivial

- ¿Cómo se expulsó a los británicos de Honduras?
- ¿De quién fue hija la Princesa de Beira?
- Además del Arauca y el afluente que le da nombre, ¿qué otro gran río atraviesa la región de Apure?
- ¿Qué icónica «sierra» podemos ver al atravesar Guadarrama?



Pelayos Trivial

- ¿Qué otros territorios ocupados por Reino Unido motivaron el Pacto de Familia?
- ¿De quién fue hija la Princesa de Beira?
- ¿Qué icónica «sierra» podemos ver al atravesar Guadarrama?
- ¿Qué enseña a la política cristiana la temprana persecución de Nuestro Señor?



- La Guerra de los Siete Años y la de sucesión de Austria. Fernando VII llevó la Monarquía Católica a su máxima extensión territorial.
- Su cuarto hijo don Fernando VI, que llegando a ser Príncipe de Asturias al fallecer sus hermanos, sucedió a su padre y engrandeció el reino.
- Tras cerca de 2600 kilómetros, esta ruta desde la Ciudad de Méjico concluía en la ciudad novohispana de Santa Fe.
- Celebramos la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo. Dios se encarnó: se hizo hombre para poder redimir al género humano, cumpliendo las promesas que había hecho a través de sus siervos, los profetas.



- En 1763, el rey Carlos III firmó el Tercer Pacto de Familia borbónico para frenar la expansión inglesa en América y recobrar este territorio hispano.
- La reina doña María Teresa de Braganza, casada con Su Majestad Católica don Carlos V, era hija de Juan VI de Portugal y Carlota de Borbón.
- El Orinoco baña esta región de la actual Venezuela.
- Esta fiesta, tan popular en las Españas, remarca de modo sencillo que el poder temporal debe estar sometido a Dios y ser regio.



- Menorca, que fueron hurtados por los ingleses en la Guerra de Sucesión española.
- Su hija María I, a quien pertenece uno de los reinados más largos en la historia lusa.
- La formación montañosa de los Siete Picos, que se sitúa en la sierra de Guadarrama del Sistema Ibérico, el cual separa las dos Castillas.
- Además de ser odiados del mundo por proclamar la verdad y la corrección saludable del prójimo, los católicos somos atacados por querer restaurar la organización natural y justa de las sociedades.



Carcionista

Si nos preguntan, ¿alto quién vive?

Si nos preguntan ¿Alto! ¿Quién vive?

responderemos en alta voz:

los Voluntarios del Rey Don Carlos,

¡vivan sus Fueros, y Religión!

Si nos preguntan ¿Alto! ¿Quién vive?

responderemos en alta voz:

los Voluntarios del Rey Don Carlos,

¡vivan sus Fueros, y Religión!

Nobles Carlistas del alma mía,

miedo a las balas no hay que tener.

Miedo a las balas no hay que tener,

defendiendo la Bandera de Dios, la Patria y el Rey.



Tienda Carlista

Boinas y borlas



<https://tiendacarlista.com/>

